

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Carta pastoral

A los sacerdotes y diáconos sobre su espiritualidad

22 de febrero de 2012

Queridos hermanos presbíteros:

En la proximidad de la Cuaresma, en que nos preparamos a la celebración de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, tiempo propicio para la conversión y la renovación personales, os escribo esta Carta, que vengo gestando desde hace algún tiempo. Una vez más os manifiesto mi respeto y confianza, mi gratitud y afecto; os agradezco vuestra vida y ministerio pastoral. Saludo igualmente a los diáconos, a los que va dirigida también esta Carta.

Hace algunos años escuché a un superior general de una congregación religiosa de larga historia y universal presencia una expresión que se me quedó profundamente grabada. Habló del peligro que corremos los sacerdotes de caer en lo que él llamaba con un neologismo "des-espiritualización"; quería decir poca interioridad orante, superficialidad en las celebraciones, extroversión de un espíritu derramado. Pasar directamente de la calle a la sacristía, revestirse de los ornamentos sagrados y comenzar inmediatamente la celebración es un recorrido demasiado corto y rápido para practicar el tránsito del ruido a la concentración que reclama la celebración. Necesitamos orar para entrar en el ámbito litúrgico, para que desde el principio el corazón sintonice con el misterio que se actualiza en la Eucaristía.

La jornada de Jesús, como podemos percibir en los Evangelios, arranca de la comunicación con

señala san Agustín, a Jesucristo, que vino no a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos (cf. Mc 10,45). El amor al Señor se traduce en nuestra dedicación generosa al ministerio que Él nos encomendó fiándose de nosotros. Resumiendo: Si me amas, apacienta mis ovejas; si me amas, sígueme; si me amas, sufre por mis ovejas. El amor verdadero, la dedicación ministerial sin reservas, comporta sufrimiento real, y también una forma singular de alegría y de esperanza en que el Señor nos dará la corona de la vida. Nos juzgará el mismo por quien vamos gastando y desgastando la vida.

En la ordenación de diáconos, el obispo, al entregarnos el libro de los evangelios, nos dijo: *«Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado»*. El recorrido de la Palabra de Dios en nuestra vida abarca la lectura, la fe, la conducta y la enseñanza. En la Exhortación Apostólica sobre la Palabra de Dios *Verbum Domini*, 80, podemos leer: *«El sacerdote es, ante todo, ministro de la Palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el Evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe»*. El sacerdote, por ello, *«necesita acercarse a la Palabra de Dios con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos, y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: "la mente de Cristo" (1Co 2,16)»*. Sin comunicación espiritual con Dios, sin hablar a Dios de los hombres, no podemos hablar a los hombres de Dios. Debemos sintonizar interiormente con el Evangelio para que nuestras palabras sean instrumentos de la llamada de Dios mismo. El hombre espiritual y servicial es escuchado y buscado.

En la ordenación sacerdotal, cuando el obispo nos entregó la patena con el pan y el cáliz con el vino para la Eucaristía, nos dijo: *«Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor»*. La celebración reclama que nuestra persona esté disponible y atenta. En la eucaristía diaria se nos ofrece la oportunidad de ser configurados existencialmente con Jesucristo entregado por nosotros y resucitado como fuente inagotable de esperanza.

La necesidad vital de espiritualidad requiere cauces que la alimenten y sostengan. Recuerdo algunos, todos muy conocidos, invitando encarecidamente a entrar en ellos. El acompañamiento espiritual nos

compañeros en el ministerio. La oportunidad de compartir la propia experiencia espiritual es también una contribución a la fraternidad ministerial.

Estamos invitados, además, a practicar los **ejercicios espirituales**. Unos días de oración en un ambiente de silencio y dejando al lado otras tareas nos ayudan a entrar en comunicación con Dios, ayudados por el director de los ejercicios. A nuestro alcance hay varias oportunidades: en el Centro de Espiritualidad, en Villagarcía de Campos para sacerdotes de diversas diócesis; unos prefieren retirarse unos días a un monasterio, otros se unen a "tandas" organizadas por otros grupos sacerdotales o diócesis. La amplia oferta debe hallar en nosotros una acogida generosa. Acudamos a esta convocatoria anual. Son una medicina contra la posible tendencia a la "des-espiritualización" a la que aludí al principio. En los Ejercicios recuperamos el gozo de la fe y el entusiasmo para transmitirla; así podemos ser nuevos evangelizadores para la nueva evangelización.

La devoción a la Virgen María, Madre de Dios y nuestra Madre, ha cristalizado, ya desde hace siglos, en la práctica del **Rosario**. Es la oración de los hijos, de los sencillos, de los enfermos, de los ancianos, de los cansados. Es una bella oración, reiterada como las expresiones de amor. Iniciemos progresivamente a las nuevas generaciones en su práctica.

Queridos hermanos presbíteros y diáconos, la calidad de nuestra acción pastoral requiere también la interioridad espiritual y orante. Siguiendo a Jesús, introduzcamos y mantengamos la oración en nuestra agenda de actividades.

Un saludo cordial en el Señor.